



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

LA HISTORIOGRAFÍA LOCAL: APORTACIONES MEXICANAS

LUIS GONZÁLEZ

I. PROPÓSITOS Y DISCULPAS

La historiografía local no figura en el balance que hizo El Colegio de México en 1966 con el nombre de *Veinticinco años de investigación histórica en México*.¹ Cuando se proyectaba esa obra alguien recordó la carta escrita diez años antes por don Alfonso Reyes a don Daniel Cosío Villegas.

Allí se lee: “Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales y recoger, así, la contribución particular de tanto riachuelo y arroyo en la gran corriente de nuestra epopeya nacional . . . Habría que comenzar por un inventario, por una bibliografía metódica, que usted bien pudiera encargar a los excelentes colaboradores de su revista”.²

En 1965 nadie aceptó la tarea solicitada por don Alfonso, nadie se prestó a levantar el censo de las historias locales. Los obstáculos eran y siguen siendo múltiples. Para hacer una lista más o menos completa de nuestras crónicas lugareñas es necesario, entre otras cosas, recorrer uno a uno y minuciosamente todos los rincones de la República. La razón es clara: muchas de esas crónicas, no obstante la diligencia de don Wigberto Jiménez Moreno o don Antonio Pompa y Pompa, no se encuentran todavía en los lugares frecuentados por los investigadores, en los anaqueles de las bibliotecas y los archivos públicos. Algunas, en copia a máquina o en manuscrito, están en las casas pueblerinas de sus autores. Otras, que han llegado a la reproducción en mimeógrafo, circulan entre una clientela local. Aquellas de las que una imprenta provinciana hizo cien y hasta quinientos ejemplares, rara vez alcanzaron el honor de ser acogidas por una biblioteca.

Además de buscar por todos los rincones del país el investigador pedido por don Alfonso debe proceder, antes de ponerse en obra, a un deslinde: fijar los límites de la microhistoriografía para no exponerse a sumar peras y manzanas. En este caso, la imprecisión lo envuelve todo. Habrá que convenir qué es comunidad marginal, regional y pa-

¹ También se publicó en los núms. 58 a 60 de *Historia Mexicana*.

² Alfonso Reyes, *Las burlas veras. Primer ciento*. Tezontle, México, 1957, p. 106.

roquial y qué es etnohistoria e historia de regiones ciudades y parroquias. Quizá la etnohistoria que se ocupa de tribus y grupos marginados, la historia regional que toma como asunto la gran división administrativa de un Estado, la entretenida en las vicisitudes y pormenores de las ciudades y la historia de aldeas y pueblos no sean la misma cosa, probablemente ni hermanas y ni siquiera primas. No es fácil confundir y agavillar estudios relativos a los huicholes, el municipio de San Miguel el Alto, la ciudad de México, el barrio de la Cohetera, el distrito de Jiquilpan, el Valle del Fuerte, la diócesis de Tulancingo, la arquidiócesis de Morelia, el Estado de Campeche, la Península de Yucatán, el vastísimo norte, las ruinas prehispánicas de Tula, la conquista de la Nueva Galicia, la sociedad de Zacatecas en los albores de la época colonial, los misioneros muertos en el norte de la Nueva España, la Independencia en Xochimilco, la Intervención Francesa en Michoacán, la revuelta de la Noria, Porfirio Díaz en Chapala, Zapata y la Revolución en Morelos, los cristeros del volcán de Colima, Yucatán desde la época más remota hasta nuestros días, las artes gráficas en Puebla, la instrucción pública en San Luis Potosí, la bibliografía de Tlaxcala y el Congreso de Chilpancingo.

Como quiera, la petición de don Alfonso Reyes ya es tiempo de que sea atendida. Y mientras se da con la persona hábil y paciente que junte, discrimine y estudie a crónicas e historias locales, no está por demás aventurar un juicio, decir una primera palabra, puesto que nada se ha dicho del conjunto. Por lo mismo, mi ponencia llega muy temprano, y siempre será penoso el llegar con demasiada anticipación a un quehacer o a una fiesta.

Hace poco que empecé a reunir, en horas robadas a otros quehaceres, la bibliografía. Naturalmente no pude establecer en tan breve plazo y desde México un catálogo como el que hace falta. Por otra parte la Reunión ante quien se presentan estos apuntes señaló que no quería oír ni leer una lista de nombres de autores y títulos de obra. Hubo, pues, que pasar de la bibliografía incipiente al escrutinio de lo poco catalogado, y aquí los logros fueron mínimos. Había que examinar 400 libros, debía leer más de cien mil páginas, pero el tiempo sólo alcanzó para hojear apresuradamente poco más de cinco mil páginas escogidas al azar, o casi.

Lo hecho adrede fue la exclusión en el catálogo y en el examen de los estudios de arqueología y etnohistoria, bibliografías, colecciones documentales y otros trabajos auxiliares de la historia, las semihistorias que sólo miran una de las parcelas de la cultura, las cuantiosas y ricas contribuciones extranjeras (la mayoría norteamericanas) que tocan nuestra vida local. Tampoco admití, por la dificultad de dar con ellos, textos mecanográficos y mimeográficos y estudios aparecidos en publicaciones periódicas. Me quedé con obras impresas separadamente

y no con todas. Excluí los opúsculos que no llegaban a las cincuenta páginas. Por último, me limité a la producción del último siglo, de 1870 para acá.

En suma, traigo a cuento algunos libros de asunto regional, en los que se usa región en el sentido de las divisiones territoriales, mayores y administrativas de México: las estudiadas por don Edmundo O'Gorman en una obra clásica, o parroquial, donde se usa parroquia en el sentido de patria minúscula, la que Unamuno llama de campanario, "la patria ya no chica si no menos que chica, la que podemos abarcar de una mirada, como se puede abarcar Bilbao desde muchas alturas".³ En otros términos, las historias que suelen ser expresión de dos emociones de mala fama: el aldeanismo y el provincialismo. En el caso de México, emociones perturbadoras de algo tan grave y sonoro como son las consolidación de la nacionalidad y el patriotismo.

Y aunque el provincialismo y el aldeanismo corresponden a los "ismos" de larga e intensa vida y son más viejos que el amor a la patria por ser herencia proveniente de los pueblos precortesianos y de España, y aunque la historiografía que los expresa nace antes que México se prescinda de todo lo anterior a 1870. Sería llevar las cosas demasiado lejos si comenzara con Juan Gil de Zamora, el historiador del siglo XIII que inaugura el género en España con *De preconiis civitates Numan-tine*, o con los códices precortesianos de contenido histórico que rara vez rebasan el estrecho círculo de la ciudad o la aldea. Con la Reforma se produce un corte tan profundo en la vida de México que, a partir de su triunfo, es posible comenzar la historia de muchos aspectos de lo mexicano.

La fecha inicial no se ha escogido por puro capricho. Alrededor de ella y en un quinquenio aparecen las obras de Longinos Banda, Gerónimo del Castillo, Manuel Rivera Cambas, Ignacio Navarrete, Manuel Gil y Sáenz y Alejandro Prieto que en buena medida rompen con la tradición y sirven de modelo al porvenir. Quizá más azarosa que el punto de arranque sea la división de la materia en tres periodos: el porfirico, el revolucionario y el actual. Quizá un estudio a fondo del problema aniquile esa periodización.

II. LA REBELIÓN DE LAS PROVINCIAS

Desde mediados del siglo XIX, "las invasiones extranjeras y la presencia constante de un vecino todopoderoso"⁴ habían robustecido, en

³ Miguel de Unamuno cit. por Alfonso de Alba, *La provincia oculta*. Editorial Cultura, México, 1949, p. 26.

⁴ Seymour Menton, "El nacionalismo y la novela" en *América Indígena*, vol. XXIX (abril de 1969), p. 407.

la aristocracia y la mesocracia de las ciudades mexicanas, un nacionalismo desconfiado, a la defensiva, triste y proselitista. La doctora Vázquez de Knauth cuenta los ardides de que se valieron aquellos hombres para contagiar su patriotismo a la gran masa de la población.⁵ La élite patriótica, casi toda ella liberal y positivista, hizo lo indecible por hacer a todos los vecinos de la República, patriotas, prácticos y libres. Combatió como antiguallas, amores y filias regionales y aldeanas, y procuró aniquilar su expresión política: el cacicazgo. Como defensa, los intereses políticos estatales esgrimieron la doctrina del federalismo y los municipales, la del ayuntamiento libre. Pero no fueron esas las únicas armas esgrimidas. La historiografía local entró también a la pelea.

Algunos gobernadores de los Estados (José Eleuterio González de Nuevo León, Eustaquio Buelna de Sinaloa, Eligio Ancona de Yucatán, Joaquín Baranda de Campeche, Manuel Muro de San Luis Potosí y Ramón Corral de Sonora) en sendos libros de historia, destacaron, con su puño y letra, la personalidad de sus respectivas entidades políticas. Otros gobernadores únicamente promovieron la factura de esas historias. Nunca como entonces la historiografía local se vio tan favorecida por las autoridades. Nunca tampoco ha vuelto a tener tan buenos operarios esa mies.

Ninguno fue historiador profesional porque no había profesión de historia, pero casi todos se distinguieron por su vasta y variada cultura, su inteligencia, su mucho mundo y su entrañable cariño a la patria chica. Aparte de gobernadores ilustrados, anduvieron metidos en la reconstrucción histórica provinciana el obispo Crescencio Carrillo, el ministro de la Suprema Corte Eduardo Ruiz, el ingeniero y periodista Manuel Rivera Cambas, el canónigo Vicente de P. Andrade, los sacerdotes Manuel Gil, Antonio Gay y Lucio Marmolejo, el jefe político de Ejutla y diputado al Congreso de la Unión Manuel Martínez Gracida, el coronel y poeta Elías Amador y los distinguidos abogados y educadores Francisco Molina Solís, Luis Pérez Verdía y Francisco Medina de la Torre. Si no se puede decir que estaban a la altura del conjunto de los historiadores de la vida nacional es porque eran generalmente más altos.

Según nuestra bibliografía se publicaron 71 libros de historia local en tiempos de don Porfirio; algo así como dos por año. Dentro de un periodo de cuatro décadas, fueron temporadas fecundas las de 1881-1886, 1899-1905 y 1909-1910. En este último bienio se produjo la cuarta parte del total. La celebración del centenario de la Independencia explica la anomalía. Con este motivo se escribió acerca de mil co-

⁵ Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación*. El Colegio de México, México, 1970.

sas pertenecientes a Oaxaca, Puebla y Guanajuato.⁶ Se aprovechó también el máximo momento del nacionalismo para expedir obras tan monumentales como el *Bosque histórico de Zacatecas*, en dos volúmenes, de Elías Amador; las *Recordaciones históricas*, en dos volúmenes, y la *Historia civil y eclesiástica de Michoacán*, en tres, de Mariano de Jesús Torres; los *Anales históricos de Campeche*, en dos volúmenes, de Francisco Álvarez; la *Historia de San Luis Potosí*, en tres volúmenes, de Luis Pérez Verdía, y la *Historia de Yucatán durante la dominación española*, también en tres volúmenes, de Juan Francisco Molina Solís.⁷

Entonces la historia de los estados fue más cultivada que la municipal. El 71% de los libros del periodo cubren la vida conjunta de 24 de los 28 estados de la Federación. Los más historiados fueron Jalisco, Michoacán y Yucatán, con ocho obras cada uno. El aspecto predominante en la historiografía estatal es el político pero no faltan los trabajos de índole enciclopédica como los que hicieron Manuel Gil, de Tabasco; Alejandro Prieto, de Tamaulipas; Eustaquio Buelna, de Sinaloa; Serapio Baqueiro, de Yucatán; Ignacio Rodríguez, de Colima, y Francisco Belmar, de Oaxaca. Con todo, donde más predomina la tendencia enciclopédica, donde casi nunca deja de conjugarse el tema histórico con el geográfico y económico, es en la historiografía de corte parroquial, en los volúmenes de Juan de la Torre, sobre Morelia; Ramón Sánchez, sobre Arandas y Jiquilpan; Luis Escandón, sobre Tula, y Francisco Medina de la Torre, sobre San Miguel el Alto.⁸

Muchas de las obras de la época porfiriana no traen aparato erudito; no se ve ni una nota a lo largo de la narración. Los laicos las pueden leer a sus anchas, pero no los profesionales de la historia, siempre tan mal pensados. Lo primero que se ocurre es que aquellos enormes libros son fruto del magín o del plagio y no de la paciente y surtida búsqueda en documentos, tepalcates, periódicos y crónicas. De hecho, abundan los no exentos de fantasía, sobre todo en la parte concerniente a la antigüedad prehispánica, pero aun los más fantásticos, como el

⁶ Andrés Portillo, *Oaxaca en el centenario de la independencia. Noticias históricas y estadísticas de la ciudad de Oaxaca y algunas leyendas tradicionales*. Imprenta del Estado, Oaxaca, 1910. 996 pp. más apéndice de 92 pp. Ignacio Herrerías y Mario Vitoria, *Puebla en el Centenario*, Imprenta Lacaud, México, 1910, 116 pp. Fulgencio Vargas, *La insurrección de 1810 en el Estado de Guanajuato*, 153 pp.

⁷ Además, Eduardo Gómez Haro, *La ciudad de Puebla y la guerra de independencia*; Francisco R de los Ríos, *Puebla de los Angeles y la orden dominicana*; Adalberto J. Argüelles, *Reseña del Estado de Tamaulipas*; José María Ponce de León, *Reseñas históricas del Estado de Chihuahua*; Manuel Cambre, *Gobierno y gobernantes de Jalisco*; Rafael Garza Cantú, *Algunos apuntes acerca de Nuevo León*.

⁸ *Vid.* Bibliografía aparte.

de Ignacio Navarrete sobre Jalisco,⁹ no carecen de erudición, y algunos ya son tan sobradamente documentados como los que vendrán después. En varios, además de documentos y monumentos, se echa mano de la tradición oral. Entonces comienza, con el beneplácito del positivismo, la historiografía que se autollamó científica.

Los historiadores científicos de ahora encuentran muchas imperfecciones de método en los historiadores de la edad porfirica: dizque no se informaron exhaustivamente, usaron más fuentes impresas que manuscritas, creyeron en cosas increíbles, o dieron alguna vez rienda suelta a la pasión. Como quiera, no fueron perezosos ni ingenuos. Creían, con don Nicolás León, que “el conocimiento de las producciones literarias de los ingenios de aquellos tiempos, y el estudio crítico de ellas son la única base en que debe estribar la apreciación imparcial tocante a la ciencia de nuestros antepasados”.¹⁰ Y no tomaron a la ligera las operaciones del análisis histórico porque querían conseguir verdades históricas tan firmes como las de la ciencia natural a fin de que pudieran ser útiles. Pensaban que la historia, al proceder como la anatomía y la fisiología, sería aprovechada por los médicos de la sociedad; por los políticos.

Como no se daba aún en la costumbre de agotar las energías en las tareas del análisis histórico, varios de aquellos historiadores meditaron, compusieron y escribieron con arte y sosegadamente sus obras. En lo que toca a la composición lo común fue adaptar moldes añosos; efemérides, catecismos, centones biográficos, etcétera. Hubo un par de innovaciones, no muy felices, pero sí muy imitadas. A la primera le corresponde como remoto antepasado la relación histórico geográfica, la que dispuso hacer Felipe II, la analizada por Alejandra Moreno Toscano en un reciente y novedoso libro.¹¹ Para designarla se usaron muchos nombres: noticias geográficas, estadísticas e históricas; historia, geografía y estadística; apuntes históricos, geográficos, estadísticos y descriptivos; noticias históricas y estadísticas, etcétera. *El bosquejo estadístico e histórico del distrito de Jiquilpan* de don Ramón Sánchez, es un buen ejemplo de esa arquitectura. Se abre el libro con un retrato, un prólogo en elogio del retratado y una alabanza de éste al gobernador de Michoacán.

La obra misma se reparte en 50 capítulos de muy desigual tamaño y una brevísima conclusión; el que lleva el nombre de historia cubre 50 páginas; en cambio, la página 48 alberga cuatro capítulos: aguas termales, pozos, pozos artesianos y arcas de agua. El capítulo de la

⁹ Véase el análisis de José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán. Provincia mayor e intendencia*. Editorial Jus, México, 1966.

¹⁰ Nicolás León, *Bibliografía mexicana del siglo xviii*, t. 1, p. vii.

¹¹ Alejandra Moreno Toscano, *Geografía Económica de México. Siglo xvi*. El Colegio de México, México, 1969, 176 pp.

religión consta de tres líneas y el de los hombres célebres y notables del distrito de 20 páginas. Otras divisiones se destinan a la posición astronómica, el clima, los ríos, los reinos de la naturaleza, la población, las enfermedades, las diversiones públicas, cívicas y religiosas, la educación, la justicia, el fisco, la agricultura, el giro mercantil, la industria, los baños públicos y las mejoras materiales. Cierra la obra otro elogio para el autor, esta vez en verso.

Para vaciar las investigaciones enciclopédicas de los estudiosos locales, se usó también la forma del diccionario. Don Gerónimo del Castillo compuso el *Diccionario histórico, biográfico y monumental de Yucatán* publicado en 1866 y el abogado, político y polígrafo don Mariano de Jesús Torres, entre 1905 y 1915, dio a conocer en entregas su vastísimo diccionario histórico, biográfico, geográfico, botánico de Michoacán, con artículos suyos y ajenos, con multitud de datos erróneos y en un estilo muy descuidado.

Los cronistas locales de la época fueron generalmente arquitectos monstruosos, pero buenos prosistas. Varios han sido recibidos en las historias de la literatura mexicana, y otros deberían serlo, como don Primo Feliciano Velázquez.

No se cuenta con suficiente información para medir el éxito alcanzado por los libros de historia de asunto regional o parroquial de la era porfiriana. No hay indicios de que alguno haya sido best-seller. Quizá varios tuvieron una modesta acogida local; otros, ni esto. No pocos, a poco andar se volvieron canteras de datos para eruditos. Los de don Eduardo Ruiz, y quizá alguno más, tuvieron desde su aparición un notable círculo de lectores dentro del gran público. Ninguna de aquellas historias ha llegado a ser clásica nacional, aunque casi todas sean clásicas locales. No sé de ninguna que haya sido traducida a otra lengua. Muy pocas han soportado una segunda edición, pero la mayoría figura en las listas de libros raros y son muy buscadas por bibliófilos y bibliómanos. También deberían de aparecer algunas en las listas de mejores libros mexicanos.

III. LA PROVINCIA ES LA PATRIA

La Revolución Mexicana que estalló en 1910 fue tan nacionalista como la Reforma; se hizo en todo México y para México, pero la hicieron una mayoría de campesinos, y no de hombres de la ciudad como sucedió con la Reforma. Los caudillos de ésta pugnaron contra regionalismos y aldeanismos. El grueso de los revolucionarios defendió la tesis de que se podía ser patriota sin dejar de ser localista y aun la extremó con aquel dicho de Héctor Pérez Martínez en Guadalajara: "Para merecer el título de buen mexicano es condición la de ser buen pro-

vinciano.”¹² La nueva orden fue ir a la provincia y venir de la provincia. Se convirtió en virtud lo que fuera vicio: “la adhesión calurosa a la tierra nativa”.

El afecto revolucionario no iba contra la corriente mundial. Los más universalistas de nuestros intelectuales, nuestros hombres de letras, estaban al tanto del gusto por el colorido local que manifiestan las obras de Francis Jammes, Maurice Barrés, Eça de Queiroz, Ivan Bunin, Charles Wagner, José María de Pereda, Santiago Rusiñol, Vicente Blasco Ibáñez y la generación del 98 que, al estilo de los revolucionarios mexicanos, alentó la conciencia y el sentimiento nacionales a fuerza de exaltar lo trivial y pueblerino. Así Azorín, Unamuno, Baroja y Miró. Y así también sus admiradores de México, empezando por el más universal de todos. Don Alfonso Reyes admitió que la República es un haz de provincias, valioso “por sus espigas más que por la guía que las anuda”.¹³ Ramón López Velarde empequeñeció a la capital “ojerosa y pintada” y alabó a la “aromosa tierra”, y otro tanto hicieron los jaliscienses Francisco González León, Manuel Martínez Valadez y Mariano Azuela; los michoacanos José Rubén Romero y Alfredo Maillefert, y muchos aguascalentenses, guanajuatenses, yucatecos y poblanos. Entre 1910 y 1940 la literatura de tema local estuvo de moda y los escritores provincialistas fueron mimados, con puestos burocráticos, embajadas, cátedras y premios por el régimen de la Revolución.

Los hombres de letras, no los del gremio de la historia. El provincialismo se expresó sobre todo por boca de vates y novelistas, no de historiadores. Los de más nota entre éstos prefirieron nadar en otras corrientes: el indigenismo, el colonialismo, el hispanoamericanismo. Los más se entregaron al “desenterramiento de toda una guardarropía”. Don Luis González Obregón, Manuel Romero de Terreros (que se intituló Marqués de San Francisco), Francisco Pérez Salazar, Federico Gómez de Orozco, Artemio de Valle Arizpe . . . desenterraron “prelados y monjas, cerámica de China, galeones españoles, oidores y virreyes, palaciegos y truhanes, palanquines, tafetanes, juegos de cañas, quemadores inquisitoriales, hechiceros, cordobanes, escudos de armas, gacetas de 1770, pendones, especiería, sillas de coro, marmajeras, retratos de cera” y la fabla del “habedes”.¹⁴

Pero el máximo promotor y crítico del colonialismo, el redondo don Genaro Estrada, no se contentó con el barrio capitalino y “sus capillas pobres, en donde hay nazarenos sucios de terciopelo y de moscas”, y con el corazón de la capital y sus patios, fuentes barrocas, casas de tezontle y portones nobiliarios. También se dejó atraer por “el hechizo de la provincia”. Había nacido en Mazatlán y fue en aquel puerto, re-

¹² Cf. Alfonso de Alba, *op. cit.*, p. 31.

¹³ Alfonso Reyes, *A Lápiz*.

¹⁴ Genaro Estrada, *Pero Galin*, México, Editorial Cultura, 1926.

portero, cronista y redactor de tres periódicos. La Revolución lo transfirió a México donde obtuvo altos puestos burocráticos en la Secretaría de Relaciones, y desde ellos impulsó los estudios históricos de tema regional, y sobre todo los de cimiento, los de carácter bibliográfico. A partir del 1926 lanza la serie de bibliografías de los Estados. Heredia hace la de Sinaloa; Alessio Robles, la de Coahuila; Romero Flores, la de Michoacán; Díez, la de Morelos; Chávez Orozco, la de Zacatecas; Santamaría, la de Tabasco; Díaz Mercado, la de Veracruz; Teixidor, la de Yucatán, etcétera.¹⁵

Varios de esos bibliógrafos estatales fueron los primeros en servirse de listas de libros acabadas de hacer; se convirtieron o por lo menos se confirmaron como cronistas de la provincia. Así el maestro de toda erudición norteña, el ingeniero y militar Vito Alessio. Así también el profesor Jesús Romero Flores. Ambos, por otra parte, contaron con alguna protección oficial. Pero lo común fue el no obtener ayuda y estímulos oficiales. La gran mayoría trabajó por mera afición, en horas restadas al ejercicio de la abogacía, la ingeniería, la medicina, la chamba burocrática o la enseñanza. Casi ninguno se preparó especialmente para investigar las acciones humanas del pasado. En este periodo, no siempre con justicia, se empezó a desdeñar al microhistoriador.

Según nuestra incompleta bibliografía, y no obstante los feos que les hacían a los investigadores provincianos, en la etapa destructiva de la Revolución se publicaron 148 libros de historia local, sin contar catálogos bibliográficos. Entre 1910 y 1924 aparecieron dos libros anualmente, y de 1925 a 1940, ocho. No encontré ninguno editado en 1915, y di con doce publicaciones en 1940.

El 57% de esa clase de libros, algunos multivoluminosos, caen en la categoría de historias regionales; el 43%, muchos casi folletos, tratan asuntos de parroquia. Entre éstos la mayoría se refiere a las ciudades de fuste: Pachuca, Querétaro, León, Guanajuato, San Luis Potosí, Saltillo, Morelia, Torreón, Puebla, Monterrey, Mérida y Guadalajara. Los temas políticos mantienen su predominio; las monografías enciclopédicas no ceden tampoco sus posiciones; irrumpen con fuerza dos nuevos asuntos: el etnográfico, puesto de moda por don Manuel Gamio, y el artístico, cuyo principal impulsor fue don Manuel Toussaint. Lo común es que las crónicas locales abarquen desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, pero en la etapa revolucionaria se dan cada vez más las que sólo abordan una época, especialmente la colonial. Sirvan como botones de muestra algunas obras de Vito Alessio Robles; la *Conquista* y la *Rebelión de Nueva Galicia* de José López Portillo y

¹⁵ Luis González (*et. al.*), *Fuentes de la Historia contemporánea de México*, III Colegio de México, México, 1961, t. I pp. LI-LIV.

Weber, numerosas monografías de Dávila Garibi y los *Apuntes para la historia de Nueva Vizcaya* de Atanasio González Saravia.¹⁶

Por lo que mira a la investigación en archivos, bibliotecas y sitios arqueológicos, los logros de la etapa revolucionaria son más cuantitativos que cualitativos. Se acrece el uso de las fuentes primarias. Se hacen compilaciones de documentos a nivel regional y local. Manuel Mestre Ghigliazza documenta a Tabasco, Ignacio Dávila Garibi a Ocotlán, Guadalajara y otros puntos de Jalisco, y Luis Páez Brotchie ve a *La Nueva Galicia a través de su viejo archivo judicial*. También cunde el uso de crónicas conventuales y memorias de conquistadores y pobladores de la época colonial.

En otros aspectos del análisis histórico no se advierten progresos dignos de nota. La debilidad crítica sigue manifestándose sobre todo en los capítulos concernientes a la época precolombina. Sin embargo, las huellas documentales de los periodos virreinales y republicano son tratadas a veces con gran desconfianza, que no gran finura crítica. También escasean las buenas interpretaciones.

El vasto material recogido por los investigadores de la etapa revolucionaria se vació casi todo en formas viejas y difíciles: efemérides (de León, por Sóstenes Lira; de Guanajuato, por Crispín Espinoza; de Hidalgo, por Teodomiro Manzano; de Colima, por Miguel Galindo); monografías geoestadísticas (de Tulancingo, por Canuto Anaya; de Tehuacán, por Paredes Colín; de Yuririapúndaro y otros lugares, por Fulgencio Vargas; de Tlaxcala, por Higinio Vázquez; de Aguascalientes, por Jesús Bernal); diccionarios (de Chihuahua y Colima, por Francisco R. Almada); colecciones de estampas y episodios (de la región de Jalisco, por Ignacio Dávila Garibi; de San Luis Potosí, por Julio Betancourt; de Morelos, por Miguel Salinas; de Hidalgo, por Miguel A. Hidalgo; de Veracruz, por José de J. Núñez y Domínguez; de Acapulco, por Vito Alessio Robles; de Tuxtepec, por Antonio Acevedo Gutiérrez y de Zapotlán, por Guillermo Jiménez); narraciones cronológicas (de Querétaro, por Valentín F. Frías; de Nuevo León, por David A. Cossío; de Toluca, por Miguel Salinas; de Michoacán, por Jesús Romero Flores; de Jalisco por Luis Páez Brotchie, y de Oaxaca, por Jorge Fernando Iturribarría). Fueron novedades las estructuras que les dieron a sus obras los de la escuela histórico artística (Tasco, de Manuel Toussaint; San Miguel Allende, de Francisco de la Maza y la Valenciana y otros puntos de Antonio Cortés); y los primeros etnohistoriadores: Wigberto Jiménez Moreno y Gonzalo Aguirre Beltrán que debutaron, desde la década de los treinta, con estudios ejemplares. Otra manera, en parte novedosa, fue la de la guía turística. En 1934 se conocieron las asombrosas *Calles de Puebla*, de Hugo Leicht.

¹⁶ Vid. bibliografía aparte.

Lo cierto es, que salvo pocas e ilustres excepciones, aquella historiografía no se distinguió por la unidad y la secuencia de las obras; lo predominante fue la dispersión y el desorden. Tampoco en la manera de contar hubo pocos aciertos. El estilo va de lo extremadamente ampuloso a lo extremadamente árido y pobre.

No sólo debe atribuirse a sus escasos méritos intrínsecos el que el grueso de la historiografía del periodo revolucionario haya tenido escasa acogida en su época y casi ninguna después. Con todo, algunos librotos gozaron de prestigio en el círculo culto y a sus autores se les premió haciéndolos miembros de la Academia Mexicana de la Historia o de la Sociedad de Geografía y Estadística. Al gran público llegaron pocos y casi nunca los mismos aclamados por las academias y sociedades cultas. A los mejor informados se les tuvo por aburridos y algunos de los menos sabios gozaron fama de amenos e interesantes. De los muertos, ya pocos se acuerdan; de sus obras, casi ninguna se ha reeditado, aunque más de alguna será llamada a la segunda vida por un juez literario o un historiador de la historia o (todo es posible), por el reclamo del público.

IV. LA HISTORIOGRAFÍA NINGUNEADA

El nacionalismo mexicano es otro desde 1940. Se ha vuelto más popular y también más aguado y tibio. Ya no profesa odios vigorosos contra lo extranjero y ve a la provincia con indiferencia. Ya no se dice: "La provincia es la patria." Tampoco se sostiene la tesis opuesta. La política busca el fin de la desigualdades regionales, no la muerte de la personalidad de cada región y parroquia. De hecho, la distancia entre lo provinciano y lo capitalino está en vías de desaparecer. Por su parte, también el provincialismo y el aldeanismo se han entibiado.

Aunque todavía muchos de los dioses mayores de la literatura mexicana (Agustín Yáñez, Juan Rulfo y Juan José Arriola) toman inspiración de la provincia, el grueso de los literatos de las tres últimas generaciones anda por otras rutas. El que disminuya día a día el número de poetas y novelistas nacidos y formados fuera de la capital, es una causa menor del fenómeno.

La historiografía mayor se ha apartado del localismo. Wigberto Jiménez Moreno, Gonzalo Aguirre Beltrán, Ignacio Rubio Mañé, Justino Fernández y Héctor Pérez Martínez que se dieron a conocer como historiadores locales, pronto abandonaron ese género. Los demás grandes nunca se han sentido atraídos por él. La república de la historia tiene su asiento en la ciudad capital. La gran mayoría de los investigadores viven en la gran urbe, y desde ella no es fácil hacer historia provinciana. Aquí disfrutan de toda clase de alicientes económicos y honoríficos;

gozan de regulares sueldos; pueden dedicar la mayor parte de sus jornadas a la investigación; los editores de revistas y libros están siempre bien dispuestos a publicarles los frutos de su actividad. Cuando dan a luz, los críticos bibliográficos se encargan de que los que leen periódicos, los radioescuchas y los televidentes lo sepan; se les invita a participar en reuniones y academias de sabios; ganan fácilmente pan, tiempo y nombradía y están a la última moda. Los cronistas locales andan muy lejos de esa gloria.

Desde 1940 no ha dejado de acentuarse la diferencia entre historiadores capitalinos y provincianos. En tiempos de don Porfirio no era perceptible la desigualdad económica, social y profesional entre unos y otros. En la etapa siguiente, varios de los cronistas locales cayeron en la categoría de hermanos pobres, torpes e ignorantes. En los últimos treinta años un abismo separa al historiador de la capital que ha hecho estudios *ad hoc*, presentando una tesis profesional, visitado universidades de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, leído obras en inglés y francés y poseído los seguros y ayudas de nuestros institutos de investigación, del cronista local, solo, informe, sin oportunidades de formarse. Algunos ni siquiera han terminado los estudios de la educación primaria, y aunque no faltan los que ostentan títulos universitarios, éstos son de abogacía o medicina. Son muy pocos los profesionales de la historia, y aún éstos no cuentan con los necesarios auxilios para trabajar. La gran mayoría está en mala situación económica, sin conexiones con el gremio, al margen de las nuevas corrientes historiográficas, a la zaga, muy a la zaga, fuera de onda, completamente *out*, pero no inactiva.

De 1941 a lo que va del año de 1969 han aparecido, según mi lista, 292 historias de tema regional y parroquial; esto es, diez por año, el doble de las publicadas en el periodo de 1911-1940 y el triple de las que produjo el Porfiriato. Han sido años de gran fecundidad los de 42, 56 y 57, con catorce libros cada uno. Probablemente en el último trentenio no ha aumentado la producción de artículos, pero sí, con toda seguridad, la de obras que circulan en copias mecanográficas, y mimeográficas, no mencionadas aquí. En fin, por el volumen, la cosecha no es nada desdeñable.

Si mi bibliografía no engaña, las historias de tema parroquial han aventajado en número a las de asunto regional. Va de salida la moda de hacer historias de los Estados. El 60 por ciento de la producción es local. Todavía más: crece la cifra de libros que toman como asunto ciudades pequeñas y aun pueblos de escaso bulto y renombre. La mayoría de los sitios estudiados pertenecen a la región central y Yucatán. Como quiera, don Leonardo Pasquel ha puesto a Veracruz a la cabeza. Nuevo León y el noroeste vienen poco detrás, pero a gran prisa. En la temática no ha habido revolución alguna. Siguen siendo mayoría los cronistas locales empeñados en hacer listas de personas y hechos polí-

ticos y militares. Otros siguen adictos a la manera enciclopédica. El influjo de la escuela etnohistórica ha penetrado poco en la provincia, pero, desde la capital algunos etnohistoriadores del arte, también capitalinos, han ensanchado el campo de sus investigaciones localistas. El reciente ejemplo de Carlos Martínez Marín se expande.

A pesar de su aislamiento, los cronistas locales de la época actual han entrado al club de los adoradores de las fuentes primarias y el aparato erudito. Confeccionan sus crónicas y monografías con noticias extraídas de los papeles del Archivo General de la Nación, de los archivos estatales, los registros de bautismo, matrimonios y defunciones de las parroquias y vicarías y los libros de notarios. También acuden con mayor frecuencia a periódicos y ruinas. Los trabajos sobre *Tlapacoyan* y *Misantla*, de Ramírez Lavoignet; Zamora y Jacona de Rodríguez Zetina; Oaxaca, de Iturribarria; Ameca, de Jesús Amaya Topete y los varios de Gabriel Agraz García de Alba, han sido construidos sobre una vasta plataforma documental. Naturalmente que los hechos por profesionales de la historia, como Israel Cavazos Garza y Delfina López Sarrelangue, añadan a la labor heurística un fino talento crítico.

En términos generales, los cronistas lugareños han hecho avances notables por lo que mira al manejo de las fuentes históricas a pesar de la falta de oficio en tantos. Por otra parte, sobre la forma como proceden en el análisis varía muchísimo de unos individuos a otros. No se puede decir nada que los abarque a todos. Son pocos los que le saben sacar provecho a sus materiales. Los hay que son auténticos historiadores de tijera y engrudo; los hay que pasan de la más pura fantasía a la erudición más espesa.

Seguramente la gran mayoría de nuestros cronistas locales carecen del vicio moderno del "profesionalismo". Por este lado están en gran desventaja con respecto a los historiadores capitalinos. Por otro, les llevan la delantera. Los estudiosos lugareños ganan en vocación, en experiencia vital y sobre todo en cariño hacia su objeto de estudio. Es difícil escoger entre el profesional que es todo inteligencia y oficio y el aficionado, *dilettante* o amateur que es todo corazón.

A veces lo peor de los historiadores localistas es lo que tienen de profesionales. Muchos comparten con éstos la malhadada manera de reconstruir la historia. Se meten en explicaciones fartagosas y siempre discutibles. En nombre de la ciencia, construyen con sus materiales castillos vericuetosos que nada tienen que ver con las articulaciones reales de la vida histórica. Al verse rodeado de tantas efemérides, monografías histórico-geográfico-estadísticas, relaciones deshilvanadas, informes etnohistóricos y otras deformidades, se añoran la sencillez y la espontaneidad arquitectónica de Bernal Díaz de Castillo, Toribio de Motolinía, Jerónimo de Mendieta y demás fundadores de la historiografía mexicana. ¿Por qué tanto brinco si el suelo está parejo?

Otro aspecto, que tampoco es privativo de la historiografía local, es el de la dignidad de la prosa histórica, digna a fuerza de ser aburrida, pobre, reverente, *camp*. Pero tampoco aquí se puede generalizar. Entre lo poco que conozco, hay magníficas excepciones: el humorismo de Salvador Novo en la *Breve historia de Coyoacán*, las evocaciones laguenses de Alfonso de Alba, la prosa vivificadora de José Fuentes Mares y quizá muchas que ignoro.

Han sido modestos los logros editoriales alcanzados en el último trenenio por las obras de tema regional y parroquial. Algunas no han dado con editor o se han impreso en ediciones cortas y miserables pagadas por quien las escribió. Otras han salido a luz gracias a la caridad oficial o de los paisanos del escribiente. A veces las editoriales universitarias se dignan imprimirlas, pero las de carácter comercial temen meterse con esa clase de libros, lo que parece indicar que el lectorio y el auditorio de los historiadores provincianos sigue siendo reducido y pobre. En el círculo académico seguramente gozan de escasa estima, los críticos rara vez les conceden un rato de atención y el público general difícilmente se percata de su existencia.

Y sin embargo, volviendo a don Alfonso Reyes, "en muchos de estos historiadores locales están las aguas vivas". Yo puedo decir que he leído con mucho agrado y he aprendido mucho en *Tetela del Volcán*, de Carlos Martínez Marín, en el *Consulado* y en la *Insurgencia en Guadalupe* de José Ramírez Flores, en *Cosas de viejos papeles*, de Leopoldo I. Orendáin, en las *Colimas* de Daniel Moreno, en las historias michoacanas, de don Jesús Romero Flores, en la monografía nuevo-leonesa, de Israel Cavazos Garza, en la *Historia del Valle del Yaqui*, de Claudio Dabdoub y en la del Fuerte, de Mario Gill, en la *Historia sucinta de Michoacán*, de José Bravo Ugarte, en la *Huasteca veracruzana* de Joaquín Meade, en las reconstrucciones chihuahuenses de José Fuentes Mares, en las obras sobre Lagos de Alfonso de Alba, en Héctor Pérez Martínez, Rosendo Taracena, Eduardo Villa, Francisco R. Almada, Santiago Roel, José Corona Núñez, Ricardo Lancaster Jones, José Cornejo Franco, Jesús Amaya Topete, Jesús Sotelo Inclán, Jorge Fernando Ituribarría, Estéban Chávez, el benemérito Leonardo Pasquel, el gran promotor Mario Colín y muchos más.

V. RECOMENDACIONES

A pesar de que hasta ahora la historiografía mexicana moderna de tema local no ha conocido todavía un momento de gran esplendor, hay dignos indicadores de la cercanía de un buen temporal. El género ya está de moda en algunos países ricos como Alemania, Estados Unidos, Francia e Inglaterra. En nuestro medio ya empiezan a oírse las

siguientes ideas: "La educación histórica de la niñez debe comenzar con el relato del pequeño mundo donde el niño vive." "La historiografía de áreas cortas es un gimnasio ideal para desenvolver los músculos historiográficos de los estudiantes de historia porque esa disciplina exige, como ninguna otra, la aplicación de todas las técnicas heurísticas, críticas, interpretativas, etiológicas, arquitectónicas y de estilo." "En la vida de un pueblo está la vida de todos y por lo reducido del objeto es posible recrearla en toda su amplitud." "Cada una de las aldeas de una nación reproduce en miniatura la vida nacional en que está inmersa."¹⁷ "En los historiadores locales están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región."¹⁸ En la microhistoria y en la microsociología "el sociólogo y el historiador tienen en México una riqueza que apenas comienza a explotarse".

No sólo entre los cultos, también en el círculo popular se perciben signos de mayor acercamiento a la microhistoria. Fuera de los clientes seguros que en cada región y parroquia ya tienen sus propios cronistas, los hombres de ciudad miran con buenos ojos los relatos de la vida que muere, quizá porque añoran la vida apacible, quizá porque creen que los lugareños tienen algo que enseñar, que todas las comunidades por pequeñas que sean, incluso las más apartadas del comercio y la cultura, aportan experiencias humanas ejemplares.

En el Congreso Científico Mexicano celebrado en México, D. F., durante el mes de septiembre de 1951, don Wigberto Jiménez Moreno afirmó: "Espero que se dará mayor énfasis a la historia regional, como corresponde a la visión de un México múltiple."¹⁹ Y él, mejor que nadie, hubiera podido decir las medidas adecuadas para conseguir la realización de su esperanza. Él puede hacerlo todavía ahora, salvo que crea que el auge de la historiografía local llegará de cualquier manera.

A reserva de que don Wigberto Jiménez Moreno y don Antonio Pompa y Pompa, como máximos expertos y animadores del género que se discute aquí digan lo conducente sobre el caso, aventuro algunas ocurrencias al parecer practicables. Entre las medidas de orden institucional, anoto las siguientes:

1. Que la Secretaría de Educación Pública y las direcciones educativas de los Estados hagan sitio a la historia regional y parroquial en los niveles de enseñanza primaria y secundaria;

¹⁷ Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. El Colegio de México, México, 1968, pp. 12-14.

¹⁸ Alfonso Reyes, *Las burlas veras*, p. 107.

¹⁹ Wigberto Jiménez Moreno, "50 años de historia mexicana" en *Historia Mexicana*, vol. 1, núm. 3 (enero-marzo, 1952), p. 454.

2. Que nuestras universidades y centros de alta cultura (en especial los de provincia) abran seminarios y cátedras donde se enseñen y apliquen los principios y métodos de la historia local;

3. Que a los pasantes de historia con vocación por la historiografía local se les conceda beca para investigar y organizar durante un año archivos provincianos y que el informe de sus exploraciones se le tome como tesis para optar a una licenciatura o maestría (la ocurrencia de este servicio histórico social es de Jean Meyer);

4. Que el mecenazgo del gobierno y las fundaciones se extienda a la historiografía de tema regional y parroquial en forma de becas, o sinecuras burocráticas, o premios a la labor hecha, o mediante la edición y distribución de las obras de nuestros cronistas locales;

5. Que se reanuden los congresos de historia que tanto sirvieron, desde 1933, para establecer el contacto entre historiadores de la capital y de la provincia y promover las investigaciones de historia regional;

6. Que se forme una asociación de historiadores locales con sede en México o en la capital de alguno de los Estados.

Por lo que toca a reformas interiores, de puertas adentro, sería conveniente revisar los sujetos, los objetos y los procederes de la historiografía local. Paul Leuilliot asegura que "los principios de la historia local son autónomos y aun opuestos a los de la historia general". Aquella es "cualitativa y no cuantitativa"; requiere "une certaine souplesse, c'est une histoire a mailles Lâches"; "debe ser concreta", lo más próximo posible a la vida cotidiana, y debe ser diferencial, procurar medir la distancia entre la evolución general y la de las localidades.²⁰ Por su parte el profesor inglés H.P.R. Finberg apunta otros rasgos específicos.²¹

Según el profesor Finberg, el historiador local necesita madurez, lecturas amplias, mucha simpatía y piernas robustas. Por madurez entiende una larga y surtida experiencia entre los hombres, un buen equipaje de vivencias. Como lecturas recomienda, aparte de otras, las de libros de historia nacional e internacional. La simpatía que exige es por aquello de que sólo lo semejante conoce a lo semejante y aquello otro de que sólo se conoce bien lo que se ama. La exigencia de las piernas robustas alude a la necesidad que tiene el historiador pueblerino de recorrer a pie, una y otra vez, la sede de su asunto, y de visitar personalmente el mayor número posible de parroquianos.

²⁰ Paul Leuilliot, "Defense et illustration de l'histoire locale" en *Annales*, 22 année, núm. 1 (enero-febrero, 1967), pp. 154-177.

²¹ H.P.R. Finberg: *Approaches to history*, London, Routledge & Kegan Paul, 1962, pp. 111-125.

Por lo que parece, “el ejercicio de la historiografía circunscrita a una pequeña zona tiene que echar mano de todos los recursos de la metodología histórica y de varios más. En este tipo de investigación, a cada una de las operaciones historiográficas se oponen numerosos obstáculos . . . No es fácil partir, como en otros campos de la historia, con un equipo adecuado de esquemas anteriores, de interrogatorios hechos, de hipótesis de trabajo y de modelos”. Otro problema reside en la escasez y la dispersión de las fuentes. Incluso se ha dicho que no puede hacerse la historia parroquial por que faltan los documentos esenciales.

“La historiografía local, como la biografía, parece estar más cerca de la literatura que los otros géneros históricos, quizá porque la vida concreta exige un tratamiento literario, quizá porque gran parte de la clientela del historiador local es alérgica a la aridez acostumbrada por los historiadores contemporáneos. El redactor de una historia local debiera ser un hombre de letras.”²² De cualquier historia se puede decir con Simpson que “nacerá muerta a menos que esté escrita en un estilo atractivo”, pero nunca con tanta razón como de la microhistoria. A los encargados de formar a los historiadores locales del futuro no se les podrá exigir que hagan poetas, pero sí prosistas legibles.

²² Luis González, *op. cit.*, p. 22.